



PERSEVERAR EN EL AMOR (**LA FORTALEZA**)

TEMA 7 / SESIÓN PRIMERA

TEMA 7 / SESIÓN PRIMERA

IDEAS

- La fortaleza es la virtud por la cual perseveramos en la búsqueda del bien y resistimos ante las dificultades que se nos presentan para alcanzarlo.
- La virtud de la fortaleza se forja en la paciencia y la obediencia a la voluntad de Dios, incluso en medio de las tentaciones.
- La fortaleza implica la capacidad de renuncia y de entrega de uno mismo, sin miedo a ser dejado sólo en la búsqueda de la voluntad de Dios.

DESARROLLO

El precioso don de la fortaleza es la manera en que el Espíritu Santo nos asegura en las dificultades de la vida y nos anima a buscar de un modo perseverante y a través de los obstáculos el bien. Nos es especialmente necesaria para afrontar las tentaciones y las pruebas y persecuciones sufridas por nuestra fidelidad a la verdad. Es, finalmente, la virtud que acompaña a los mártires a entregar la vida generosamente por un valor más alto, como es Jesucristo. Para poder adentrarnos en el sentido más profundo de este don, lo miraremos primero en Jesús, para después ver la llamada a ser fuertes como un reflejo de la fortaleza del Señor.

La fortaleza de Cristo

En los evangelios podemos ver cómo Jesús cultivó mucho la virtud de la fortaleza para poder *elegir el bien*. En el caso de Jesús, como en el del cristiano, elegir el bien es lo mismo que elegir la voluntad de Dios. Ese es el caso misterioso de los treinta años vividos en el silencio de Nazaret, para los que hace falta fortaleza de ánimo para afrontarlos. Vivir escondidamente no es un salto fuera de la existencia. En el caso del Señor se trata de una obediencia que temple su corazón para la futura misión. Jesús enseña que toda obra grande nace en el silencio, y que vivir escondidamente no es arruinar la vida, sino fortalecer el interior para no acabar dependiendo del exterior.

Un ejemplo muy esclarecedor de esta fortaleza adquirida en el silencio de Nazaret es *Lc 4, 1-13*, el famoso relato de las tentaciones en el desierto. El Señor resiste la prueba en orden a una vida mejor, como es la obediencia al Padre, de donde vendrá nuestra salvación. Jesús, valientemente, hace frente a la tentación que quiere apartarle de la voluntad de Dios. De esta manera, se nos enseña que la fortaleza es necesaria para elegir el bien mejor, y no dejarnos engañar por caminos aparentemente más cortos y más fáciles. Es por eso por lo que esta virtud es considerada como el don del *bien arduo*, del bien que es costoso pero infinitamente mejor.

En el relato de las tentaciones, además, se nos proporciona una gran enseñanza acerca de cómo vivir la virtud de la fortaleza, tan necesaria para la fidelidad. En la narración se nos cuenta cómo el enemigo tienta a Jesús para que abandone la fidelidad en orden a hacer “su camino”, no el que el Padre le ha encomendado. A la vez, se nos presenta a Jesús que en sus respuestas no entra en discusión con su oponente, es decir, que es muy *prudente* y sólo acude a responder con la Palabra de Dios, que ha de obedecer. Se nos muestra así, que la fortaleza necesita de la prudencia. La virtud de la fortaleza no tiene nada que ver con una impetuosidad ciega. Quien se expone a toda clase de peligros no es valiente. La esencia del valor no es exponerse a cualquier forma de peligro, o vivir peligrosamente, sino que la esencia de la fortaleza es la entrega de sí mismo a una verdad más alta: en el caso de Jesús y del cristiano se trata de la fidelidad a la voluntad de Dios. La auténtica fortaleza, tal y como muestra la vida de Jesús, supone una valoración justa de las cosas: tanto de las que se «arriesga», como de las que se espera proteger o ganar. Jesús, prudentemente, no pone en juego lo esencial: la voluntad de Dios.

Por otra parte, el evangelista San Lucas señala un detalle de una importancia fundamental: «Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán y *era conducido por el Espíritu* en el desierto, durante cuarenta días, tentado por el diablo». Jesús acaba de recibir el Espíritu Santo en el Bautismo, y ese mismo Espíritu es el que lo conduce al desierto para ser tentado. De esta manera se nos muestra a los cristianos que la tentación no es algo malo, sino que puede ayudarnos a fortalecer nuestro interior y a enseñarnos a combatir nuestra fidelidad. Jesús será pobre, humilde y obediente, y esto se ha conquistado a través de la prueba. Ella le ha enseñado a elegir bien, a ser fiel a Dios.

A lo largo de su ministerio, su vida estuvo hondamente orientada hacia la disposición a perder la vida, al sacrificio de su persona, dejándose conducir como «cordero llevado al matadero». Viviendo así, se trata del mismo que expulsó a los mercaderes del templo con el látigo (Lc 19, 45-46), el que no tuvo miedo a quedarse sólo ante sus discípulos cuando habló de comer su carne y beber su sangre (Jn 6, 67). Este aspecto de es muy importante en la vida del Señor. Ante aquellos a los que había llamado al seguimiento, a los que había hecho partícipes de sus mismos sentimientos, a los que les revelaba los secretos del Reino de los cielos, ante esos mismos Jesús no perdió su libertad. En un gesto que puede parecerse como de cierta dureza en sus palabras: «¿También vosotros queréis marcharos?», lo que está manifestando es que el centro de su vida es el Padre y su voluntad, y no el *no desagradar*. Se trata de una manifestación de la fortaleza de Jesús, quien no tiene miedo a hablar de las cosas como son, aún a riesgo de no ser acogido ni entendido. Conviene destacar que esto no lo hace ante sus adversarios, sino con los más cercanos, con los que había escogido.

La ausencia de miedo a la soledad no proviene de una actitud estoica, sino de la confianza en que el Padre no le dejará sólo. Esta es la certeza que fortalece el corazón del Señor: la conciencia serena y cierta de que el Padre trabaja y descansa con Él, que no falta en el día a día, incluso pasando por el trance del sufrimiento, la quiebra o la soledad.

Será en la Pasión donde podemos ver otro aspecto fundamental de la fortaleza: la capacidad de renuncia y de sacrificio de la propia vida a favor de una causa justa. Este aspecto de la virtud conlleva que ser fuerte implica necesariamente poder *ser herido*. Si el hombre puede ser fuerte es porque esencialmente es vulnerable. Ser fuerte es, en el fondo, estar dispuesto a morir, estar dispuesto a caer. Por eso la Iglesia, siguiendo el ejemplo de su Señor, pone como raíz esencial de la virtud de la fortaleza cristiana la disposición al martirio, sin la cual disposición no se da el hábito de la valentía. En la Pasión de Jesús vemos cómo forma parte de la esencia de la fortaleza el combate que esta virtud libra contra el predominio del mal, del que el fuerte triunfa sólo a costa de ser herido.

Jesús hace frente a lo espantoso sin consentir que se le impida la práctica del bien, algo que define propiamente la virtud de la fortaleza. En mitad del suplicio, dos gestos del Señor sobrepasan la capacidad mundana de comprensión: ante sus torturadores pronuncia las palabras «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34), y, en el trance de muerte de uno de los ladrones: «Yo te aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). En unas circunstancias en las que el mal habría de apoderarse de las entrañas de Jesús, la fortaleza se manifiesta en el amor al bien, aunque no sea para uno mismo, en una enérgica actividad del alma que se presenta como verdadera perseverancia en la adhesión al bien. Jesús, en el trance más definitivo abre su corazón mostrando la esencia de la virtud de la fortaleza: tener fija la mirada en lo último, en lo definitivo, en lo eterno.

TEMA 7 / SESIÓN PRIMERA / TRABAJO POR GRUPOS

TEXTOS PARA LEER

La fortaleza es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir en las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. “Mi fuerza y mi cántico es el Señor” (Sal 118, 14). “En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo”.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1808

«Quizá nunca como hoy, *la virtud moral de la fortaleza* tiene necesidad de ser sostenida por el homónimo *don del Espíritu Santo*. El don de la fortaleza es un impulso sobrenatural, que da vigor al alma no sólo en los momentos dramáticos como el del martirio, sino también en las habituales condiciones de dificultad: en la lucha por permanecer coherentes con los propios principios; en el soportar ofensas y ataques injustos; en la perseverancia valiente, incluso entre incomprendiones y hostilidades, en el camino de la verdad y la honradez. Cuando experimentamos, como Jesús en Getsemaní, “la debilidad de la carne” (cf. Mt 26, 41; Mc 14, 38), es decir, de la naturaleza humana sometida a las enfermedades físicas y psíquicas, tenemos que invocar del Espíritu Santo el don de la fortaleza para permanecer firmes y decididos en el camino del bien. Entonces podremos repetir con San Pablo: “Me complazco en mis flaquezas, en las injurias, las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte” (2Co 12, 10)».

JUAN PABLO II, *Catequesis sobre el Credo*, 428

PREGUNTAS PARA LLEVAR A LA VIDA

- ¿Qué luces para tu vida has encontrado en los textos que has leído?
¿Qué te han sugerido o que te ha llamado la atención en ellos?

Pueden ayudarte también estas otras preguntas:

- ¿Qué significa para ti acoger una vida vivida escondidamente como Jesús en Nazaret?
- ¿Tienes miedo a las tentaciones o las afrontas como un lugar donde elegir al Señor?



PERSEVERAR EN EL AMOR (**LA FORTALEZA**)

TEMA 7 / SESIÓN SEGUNDA

TEMA 7 / SESIÓN SEGUNDA

IDEAS

- La verdadera fortaleza consiste en amar y realizar el bien, aún en el momento en que amenaza el riesgo de la herida o de la muerte, sin jamás doblegarse ante las conveniencias.
- La fortaleza no se refiere principalmente a acciones heroicas o extraordinarias, sino que se da en la perseverancia en la fidelidad al deber de cada día.
- La alegría interior en el seguimiento del Señor es fruto de un corazón fuerte.

DESARROLLO

Para afrontar el camino del seguimiento de Jesús nos es necesaria la virtud de la fortaleza tanto para perseverar en él como para acoger con ánimo generoso lo que el Señor vaya disponiendo en ese camino. En muchas ocasiones se nos ofrece la oportunidad de vivir este don: resistir al mal vencéndolo con el bien, no atacar y sufrir pacientemente las contradicciones de la propia vida, escoger siempre a Jesús como criterio y forma de la propia vida. En palabras de Jesús, quien quiera seguirle ha de negarse a sí mismo y cargar con la cruz todos los días. Esta invitación es una llamada directa a ser fuertes y valientes para marchar detrás de Él. Al igual que el ministerio de Jesús se realiza en la paciencia y la mansedumbre que caracterizan su fortaleza, la vida del cristiano está llamada a hacerse fuerte no sólo para resistir, sino para escoger a cada momento al Señor.

La fortaleza del cristiano

La fortaleza caracteriza el verdadero discípulo de Cristo, como caracterizó la vida misma del Señor, quien no estuvo sujeto a pareceres humanos, sino que no temió ni al hambre ni al frío, ni siquiera al perder. La firmeza de Jesús ante la constante oposición o la adversidad de las circunstancias fue una verdadera escuela para quienes le siguieron. Estos mismos, los Doce, en adelante no temerán la dureza de las circunstancias hasta el punto de terminar dando la vida por su Maestro. Bien puede resumirse la verdadera fortaleza del cristiano en la siguiente fórmula: amar y realizar el bien, aún en el momento en que amenaza el riesgo de la herida o de la muerte, sin jamás doblegarse ante las conveniencias. Sin duda lo que se manifiesta en la vida de Jesús vale también para la vida de los cristianos: la más extrema fuerza del bien se revela en la impotencia. La palabra del Señor: «Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos» (Mt 10, 16), designa la situación del cristiano en el mundo. La fortaleza, por tanto, forma parte necesaria de la vida de los que siguen al Señor.

De poco sirve soñar con la santidad si no nos dedicamos a cumplir la voluntad de Dios en todo. En nuestro proceder, el don de fortaleza viene estrechamente unido al don de *consejo*, ya que es necesario ser fuerte para escoger no cualquier cosa, sino lo mejor en orden a nuestra santidad.

En efecto, el *consejo* es lo que nos hace atentos y hábiles para escoger los medios por los que mejor servir al Señor, y la fortaleza es el amor que alienta y anima el corazón para ejecutar lo que el consejo ha determinado que debe ser hecho. De este modo, alentada por el consejo, la fortaleza nos une a la voluntad de Dios, que levanta nuestra vida. Es de valientes dejarse aconsejar para escoger lo que más conviene, no cualquier cosa.

Por otra parte, conviene señalar que el don de fortaleza no es sólo para las ocasiones extraordinarias, sino para todas las ocasiones y todas las horas. Un signo de fortaleza real en la vida del cristiano es el cultivo de lo *insignificante*, es decir, entregarnos de corazón a la tarea de cada día con verdadero amor. Conviene que no compliquemos el seguimiento del Señor llenándolo de cosas aparatosas o extraordinarias. La fidelidad de cada día vivida en la obediencia al deber de cada momento, fortalece nuestro ánimo y, sobre todo, nuestro amor al Señor. En la trama silenciosa de la vida ordinaria es donde se aprende a ser fiel y a dar un «sí» valiente al Señor. Es ahí donde se aprende a vivir de lo esencial.

Hay que decir también que el don de fortaleza nos pone ante la verdad de nuestra relación con el Señor. Cada uno de nosotros perseveramos valientemente en lo que vivimos como realmente importante en nuestra vida y en lo que abrazamos como el bien máspreciado. Por eso, si verdaderamente Jesús y su voluntad es un tesoro para nosotros lo defendemos aún a riesgo de ser heridos o quedarnos solos. Si, por el contrario, no encontramos razones dentro de nosotros mismos para luchar por ese bien que nos parece imprescindible, eso puede significar que el Señor no es tan importante en nuestra vida como creemos que es. Si nuestra relación personal con el Señor es nuestro centro y la fuente verdadera de nuestra alegría, custodiaremos valientemente nuestra vida cristiana, antes que nuestro propio bienestar, venciendo todo temor a que eso nos haga sufrir. Lo mismo puede decirse de la Iglesia, nuestra madre. Cuando la Iglesia es un gran amor, ese mismo afecto nos hace fuertes para vivirla como el lugar donde se nos da lo máspreciado: Jesucristo.

Ser fuerte es, en el fondo, estar dispuesto a morir a nosotros mismos, nuestras opiniones y pareceres. Por eso la virtud de la fortaleza tiene una estrecha relación con la paciencia. El valiente no sólo soporta el mal cuando es inevitable, sino que además, tampoco ejerce la violencia para quitarse ese mal. La paciencia, de ese modo, nos hace resistentes, porque no es propio de la fortaleza atacar o usar de la ira. Finalmente, ser fuerte no significa sólo poder ser herido, a ejemplo del Señor, por la realización de lo que es bueno, sino también esperar en la victoria, tal y como vivió Jesús. Sin esta esperanza no es posible la fortaleza. Y cuanto más alta es la victoria y más cierta la esperanza en ella, tanto más arriesga cada uno de nosotros para alcanzarla. Este es el origen del signo de fortaleza más elocuente que existe: el martirio.

Uno de los frutos más preciosos de la fortaleza es la alegría, la que reside en el corazón mismo, donde habita Dios. Un corazón fuerte, independiente de los acontecimientos externos es, con toda seguridad, un corazón ancho y luminoso, a la vez que un corazón hondamente alegre. En cambio, un corazón inestable y cambiante, que dependa de la opinión ajena y de la mirada de los demás, es un corazón esclavo y triste. Cuantas veces se tenga la valentía de decir: «Señor, quiero lo que tú quieras», queda abierto en nuestro interior el camino para la alegría que proviene de Dios. Cuando nuestro más íntimo querer se vuelva sinceramente hacia Dios, seremos alegres pase lo que pase fuera. Pero para eso, hay que tener la fortaleza de voluntad, movida por un verdadero enamoramiento del Señor. De otro modo nuestro afecto a Jesús será débil y enclenque, dependiente de la experiencia de los demás.

Un corazón fortalecido en el amor de Dios tiende a decir: «Dios fuerte, lo que tú quieras lo quiero yo también». Esta es la fuente de la alegría cumplida. A la vez, la alegría nos hace profundamente fuertes. De hecho, cuando uno está alegre las cosas no le cuestan, tiene más capacidad de salir de sí mismo, de renunciar a lo propio. Todo esto es fruto de una fortaleza que proviene de la alegría de ser del Señor. La alegría nos unifica por dentro, hace que todo nuestro interior se reúna en torno a la fuente de nuestra dicha, y eso hace que la persona sea fuerte porque está unificada en un solo centro. En el seguimiento de Jesús, nuestro único centro, todo nuestro ser se fortalece y se levanta con ánimo generoso. Pidamos esta gracia incomparable para ser fieles hasta el final.

TEMA 7 / SESIÓN SEGUNDA / TRABAJO POR GRUPOS

TEXTOS PARA LEER

Precisamente para resistir a las múltiples instigaciones es necesaria *la virtud de la fortaleza*, que es una de la cuatro virtudes cardinales sobre las que se apoya todo el edificio de la vida moral: la fortaleza es la virtud de quien no se aviene a componendas en el cumplimiento del propio deber. Esta virtud encuentra poco espacio en una sociedad en la que está muy difundida la práctica tanto del ceder y del acomodarse como la del atropello y la dureza en las relaciones económicas, sociales y políticas. La *timidez* y la *agresividad* son dos formas de falta de fortaleza que, a menudo, se encuentran en el comportamiento humano, con la consiguiente repetición del entristecedor espectáculo de quien es débil y vil con los poderosos, prepotente y petulante con los indefensos.

JUAN PABLO II, *Catequesis sobre el Credo*, 427-428

Hay un misterio abismal en aquel grito que encierra en sí todos los gritos de la humanidad. Es el grito del parto de la “nueva creación”, de nuestro nuevo nacimiento como hijos de Dios. Pero este parto no se realiza sin nosotros. El amor extremo de Jesús nos empuja a vivir como él y en él todo dolor. Y podemos hacerlo. Podemos si, reconociendo en cada dolor personal y ajeno una sombra de su infinito dolor, un aspecto, un rostro de él, cada vez que se presenta no lo alejamos de nosotros, sino que lo acogemos en nuestro corazón como si lo acogiéramos a él. Y si luego, olvidándonos de nosotros mismos, nos lanzamos a hacer lo que Dios pide en ese momento presente, en el prójimo que él nos pone delante, dispuestos sólo a amar. Veremos entonces muy a menudo que el dolor se desvanece como por encanto y que en el alma permanece sólo el amor. Valorar cada dolor como uno de los innumerables rostros de Jesús crucificado y unirlo al suyo significa en verdad entrar en su misma dinámica de dolor-amor; significa participar de su luz, de su fuerza, de su paz; significa descubrir en nosotros una presencia de Dios nueva y más plena.

CARD. F. X. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de esperanza*, 108

«Este es el momento de recordarte la frase de Jesús a Marta: “No hagas demasiado...”, no intervengas demasiado, no calcules demasiado, no prepares el inevitable futuro, no te agites demasiado por culpa de lo que puede ser o no es. La vida es una aventura abierta y expuesta: no protejas a la niña. Hazla fuerte interiormente para que se desenvuelva bien cualesquiera que sean las circunstancias. Entonces será cuando tendréis alguna alegría por lo que venga, aunque os desgare, en vez de irritaros constantemente porque vuestros cálculos no salen, que nunca saldrán, y en vez de cansaros haciendo otros nuevos y tan inútiles como los demás. La presencia de M. debe enseñarnos a compartir, a tratar la vida como una sinfonía, como una sonata, en vez de sujetarla con violentos acordes (...), aprendiendo a ponerse en la vida sin preocuparse excesivamente del mañana. Es una hermosa batalla la que tenemos que pelear».

E. MOUNIER, *Cartas desde el dolor*, 99-101

PREGUNTAS PARA LLEVAR A LA VIDA

- ¿Qué luces para tu vida has encontrado en los textos que has leído?
¿Qué te han sugerido o que te ha llamado la atención en ellos?

Pueden ayudarte también estas otras preguntas:

- ¿Eres consciente de que ser fuerte significa vivir en debilidad y poder ser herido?
¿Eso te da miedo?
- ¿Consideras que eres fuerte en tu interior? ¿Tienes capacidad de renuncia o das las cosas como si te las quitaran?